





I
ESTRELLA

SOBRE
BELÉN



MARÍA MIRÓ AL BEBÉ del pesebre. Aparte de los animales, no había nadie más en el establo. Cuando se inclinó hacia él sonriéndole su corazón rebosó de orgullo y de felicidad.

Entonces, de repente, escuchó el susurro de unas alas y, volviéndose, vio un gran Ángel de pie en la puerta de entrada.

El Ángel resplandecía como el sol de la mañana, y la belleza de su rostro era tan deslumbrante que María tuvo que apartar sus ojos.

Entonces el Ángel dijo (y su voz sonaba como una trompeta dorada):

—No tengas miedo, María...

Y María contestó con su dulce voz suave:

—No tengo miedo, oh Santo Mensajero de Dios, pero la Luz de vuestro Semblante me ciega.

El Ángel dijo:

—Tengo algo que decirte.

María dijo:

—Decídmelo, Santidad. Dadme a conocer lo que me ordena mi Señor Dios.

El Ángel dijo:

—No me ha sido encomendada ninguna orden. Pero como Dios te ama de manera especial ha dispuesto que se te permita, con mi ayuda, conocer el futuro...

María miró de nuevo al niño y preguntó ilusionada:

—¿Su futuro?

Y su rostro se iluminó con alegría anticipada.

—Sí —dijo el Ángel con amabilidad—. Su futuro... Dame tu mano.

María acercó su mano hasta alcanzar la del Ángel. Era como tocar una llama, pero una llama que no quemara. La retiró un poco y el Ángel volvió a decirle:

—No tengas miedo. Aunque yo soy inmortal y tú eres mortal, tocarme no te hará daño...

Entonces el Ángel extendió sus grandes alas doradas sobre el niño dormido y dijo:

—Adéntrate en el futuro, Madre, y mira en él a tu hijo...

Y María miró hacia adelante y las paredes del establo se fundieron y desaparecieron y se encontró de pronto en medio de un jardín. Era de noche y las estrellas destellaban sobre su cabeza y había un hombre rezando de rodillas.

Algo hizo latir más deprisa el corazón de María, ya que su instinto maternal le dijo que era su hijo ese que estaba arrodillado. Pensó con alivio: «Se ha convertido en un buen hombre, en un hombre devoto que reza a Dios». Y entonces, de repente, contuvo la respiración, ya que el hombre alzó su rostro y ella pudo ver en él la agonía, la desesperación y el sufrimiento que mostraba... y se dio cuenta de que ese dolor sobrepasaba cualquier otro del que hubiera sido testigo o del que hubiera tenido

noticias. Porque ese hombre se encontraba completamente solo. Le estaba rogando a Dios que apartara de él ese cáliz de sufrimiento, pero nadie respondía a sus plegarias. Dios estaba ausente y silencioso...

Y María gritó:

—¿Por qué Dios no le contesta y le consuela?

Y escuchó la voz del Ángel diciéndole:

—Dios ha dispuesto que no tenga consuelo.

Entonces María, sumisa, inclinó su cabeza y dijo:

—Está fuera de nuestro alcance conocer las inescrutables intenciones de Dios. ¿Pero es que este hombre, mi hijo, no tiene amigos? ¿Es que no hay ninguna persona que se apiade de él?

El Ángel agitó sus alas y se encontraron en otro rincón del jardín y María vio a algunos hombres que estaban dormidos.

Ella dijo con amargura:

—¡Él los necesita, mi hijo los necesita, y a ellos no les importa!

El Ángel dijo:

—No son más que débiles seres humanos...

María murmuró para sí misma:

—Pero él, mi hijo, es un buen hombre. Un hombre bueno y recto.

Entonces de nuevo el Ángel agitó sus alas y María vio un camino que ascendía una colina y tres hombres en él cargando cruces y una multitud a sus espaldas y algunos soldados romanos.

El Ángel preguntó:

—¿Qué ves ahora?

María dijo:

—Veo tres criminales que van a ser ejecutados.

El hombre de la izquierda volvió su cabeza y María vio el rostro cruel y resabiado de alguien entregado a sus bajos instintos, lo que hizo que retrocediera un poco.

—Sí, son criminales— dijo.

Entonces el hombre que iba en medio dio un traspié que casi le hizo caer y, cuando giró su cara, María le reconoció y aulló:

—¡No, no, es imposible que mi hijo sea un *criminal*!

Pero el Ángel agitó sus alas y entonces ella vio tres cruces plantadas y que el cuerpo agonizante que estaba en la de en medio era el del hombre que ella sabía que era su hijo. Los labios agrietados de este se separaron y ella escuchó las palabras que salieron de ellos:

—*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Y María gritó:

—¡No, no, esto no puede ser verdad! No es posible que haya hecho un mal tan grande. Tiene que haber sido una terrible equivocación. En ocasiones ocurre algo así. Habrá sido confundido con otra persona; seguro que le han tomado por otro. Está siendo castigado por crímenes ajenos.

Pero de nuevo el Ángel agitó sus alas y en esta ocasión María se encontró delante del hombre al que más reverenciaba sobre la tierra, al Sumo Sacerdote de su Iglesia. Era una persona de aspecto noble que se puso de pie y, con gestos solemnes, se rasgó las vestiduras que llevaba puestas y chilló:

—¡Este hombre es un blasfemo!

Y María miró hacia aquel al que se estaba dirigiendo y vio que el hombre al que acusaba de ser un blasfemo era su hijo.

Entonces todas estas visiones se desvanecieron y de nuevo aparecieron las paredes de barro del establo, y María estaba temblando y decía con palabras entrecortadas:

—No puedo creer lo que he visto. No *puedo* creerlo. Nuestra familia, todos los miembros de nuestra familia, somos gente temerosa de Dios que cumple con sus obligaciones. Así es, y también

lo es la familia de José. Y le educaremos para que sea un hombre religioso y para que honre la fe de sus padres. Un hijo nuestro nunca podrá ser culpable de blasfemia. ¡No puedo creer esto! Nada de lo que me ha sido mostrado puede ser verdad.

—Entonces el Ángel dijo:

—Mírame, María.

Y María le miró y vio cómo resplandecía y lo hermoso que era su Rostro.

Y el Ángel dijo:

—Lo que te he mostrado es Verdadero. Porque yo soy el Ángel del Alba y el Lucero del Alba es Verdadero. ¿Me crees ahora?

Y, a pesar de lo mucho que quería creer lo contrario, María supo que lo que había visto era Verdadero... y que no podría volver a dudar de ello nunca más.

Las lágrimas surcaron sus mejillas y se inclinó sobre el bebé que estaba en el pesebre con los brazos abiertos como para protegerle. Y gritó:

—Hijo mío... mi pequeño hijo indefenso... ¿qué puedo hacer para salvarte? ¿Qué puedo hacer para librarte de lo que te espera? Y no solo del sufrimiento y del dolor, sino también del mal que germinará en tu corazón. De hecho, hubiera sido mejor para ti si nunca hubieras nacido o si hubieras muerto nada más haberlo hecho. Porque entonces hubieras regresado a Dios puro e inmaculado.

Y el Ángel dijo:

—Esta es la razón por la que he acudido a ti, María.

María dijo:

—¿Qué quieres decir?

El Ángel contestó:

—Ahora que ya conoces su futuro, está en tus manos decidir si tu hijo tiene que vivir o morir.

Entonces María inclinó su cabeza y, medio ahogada por los sollozos, musitó:

—El Señor me lo ha dado... Si ahora el Señor quiere llevárselo seguramente será fruto de su gran misericordia, así que, aunque desgarré mis entrañas, me someto a la voluntad de Dios.

Pero el Ángel dijo con dulzura:

—No se trata de eso. Dios no te ordena nada. La elección es *tuya*. Ya sabes cuál es su futuro. Elige, por tanto, si el niño tiene que vivir o morir.

María guardó silencio durante un rato. Era una mujer que pensaba despacio. Miró al Ángel por si este le daba alguna pista, pero no se la dio. De pronto el Ángel le pareció dorado y hermoso y lejanísimo.

Reflexionó sobre las imágenes que se le habían mostrado: sobre la agonía en el jardín, sobre la muerte ignominiosa, sobre el hombre que, a la hora de la muerte, había sido abandonado por Dios, sobre la horrible acusación de *blasfemia*...

Y ahora, en ese momento, el bebé dormido era puro, inocente y feliz...

No era tan fácil tomar una decisión. Así que siguió pensando y repasando una y otra vez las escenas que había visto. Y mientras lo hacía sucedió algo curioso, ya que comenzó a recordar pequeños detalles de los que no había sido consciente cuando los observaba. Vio, por ejemplo, el rostro del hombre crucificado a su derecha... No era un rostro malvado, solo el de un hombre débil que se giraba hacia la cruz que estaba en el centro con una expresión de amor, de confianza y de adoración... Y María, maravillada, comprendió de pronto que era a su hijo a quien estaba mirando de esa manera...

Y de repente, con suma claridad, vio el rostro de su hijo cuando contemplaba a sus amigos dormidos en el jardín. En él había tristeza y piedad y comprensión y un gran amor... Y pensó que era el rostro de un hombre *bueno*... Y de nuevo regresó a la escena de la acusación. Pero en este caso no se fijó en el Sumo Sacerdote sino en la cara del acusado... y en ella no encontró ningún rastro de sentido de culpa...

Y el rostro de María reflejó una honda preocupación.

Entonces el Ángel dijo:

—¿Ya has hecho tu elección, María? ¿Quieres que tu hijo se libre del sufrimiento y de la maldad?

Y María contestó despacio:

—Una mujer ignorante y sencilla como yo no es nadie para intentar comprender los Altos Designios de Dios. El Señor me dio a mi hijo. Si el Señor quiere llevárselo, esa es Su voluntad. Pero ya que ha sido Dios quien le ha dado la vida, no me corresponde a mí quitársela. Es posible que en la vida de mi hijo sucedan cosas que no estoy preparada para entender... Es posible que solo haya visto una *parte* de lo que sucederá, no la historia completa. La vida de mi hijo es suya, no mía, y no tengo ningún derecho a decidir por él.

El Ángel insistió:

—Piénsalo de nuevo. ¿No prefieres que tome a tu hijo en mis manos y que lo lleve de regreso hasta Dios?

María contestó:

—Tómalo en tus brazos si esa es la orden de Dios. Pero no habré sido yo quien lo haya solicitado.

Entonces el Ángel agitó las alas con fuerza y desapareció en medio de un gran resplandor.

José llegó poco después y María le contó todo lo que había pasado. José aprobó lo que María había decidido.

Dijo:

—Has actuado correctamente, esposa. Y quién sabe, quizás no haya sido sino un falso Ángel.

María dijo:

—No, no me estaba mintiendo.

De eso ella estaba completamente segura.

José dijo rotundamente:

—No me creo nada de lo que me has contado. Haremos que nuestro hijo tenga una buena educación religiosa, eso es lo único que cuenta. Trabajará en nuestra tienda y nos acompañará a la sinagoga durante el Sabbath y respetará todas las festividades y cumplirá con los rituales.

Mirando el pesebre dijo:

—Mira, nuestro hijo está sonriendo...

Y, en efecto, el niño estaba sonriendo y extendía sus manos diminutas hacia su madre como si le estuviera diciendo «Bien hecho».

Pero allá arriba, en la bóveda celeste, el Ángel estaba temblando de orgullo herido y de cólera.

—¡Pensar que he fracasado con una mujer tonta e ignorante! En fin, habrá más oportunidades. Un día, cuando Él esté agotado y hambriento y débil... Entonces le llevaré hasta lo más alto de una montaña y le mostraré los Reinos de este Mundo mío. Y le ofreceré ser el Señor de todo eso. Gobernará sobre las Ciudades y los Reyes y los Pueblos... Tendrá el Poder de detener las guerras y de hacer que el hambre y la tiranía desaparezcan. Bastará con que haga un gesto de pleitesía hacia mí para ser capaz de imponer la paz y la abundancia, la satisfacción

y la bondad... y que se le reconozca como la encarnación del Supremo Poder del Bien. ¡Nunca podrá rechazar una tentación como esta!

Y Lucifer, el Hijo del Alba, llevado por su arrogancia ignorante, se rio con ganas y atravesó el firmamento como una raya de fuego hacia las profundidades más remotas...

En el Este tres Vigilantes de los Cielos se dirigieron a sus Jefes y les dijeron:

—Hemos visto una Gran Luz en el Firmamento. Debe ser la señal de que alguien Importante ha nacido.

Pero mientras ellos hablaban y se asombraban con Signos y Portentos un Vigilante muy anciano musitó:

—¿Un Signo anunciando un Dios? Dios no necesita Signos y Maravillas. Es Satanás el que necesita Signos. Me parece que si Dios quisiera nacer entre nosotros lo haría de una manera mucho más discreta...

En el Establo había diversión y buena compañía. El asno rebuznaba, los caballos relinchaban y el buey mugía, y los hombres y las mujeres se apiñaban para contemplar al bebé y se lo pasaban de mano en mano, y este reía y hacía gorgoritos y les sonreía a todos.

Y gritaban.

—Mirad. ¡Quiere a todo el mundo! Nunca ha existido un niño como él...

UNA GUIRNALDA PARA LA NAVIDAD

CUANDO MARÍA TEJIÓ una guirnalda de acebo
Corrió la sangre roja, la sangre roja.
Otra María tejió las espinas
Que coronan la cabeza de su Señor.
Pero el muérdago estaba lejos,
Más allá del mar occidental,
Y con muérdago se hizo una guirnalda
Que rodea un árbol pagano.

En Glastonbury creció un espino
Cuando José fue allí a hacer negocios.
Y el arbusto de acebo podía verse
En todos los claros de bosque.
Pero el muérdago era sagrado allí
Donde el sol se alzaba cada mañana,
Y el muérdago no sabía nada
Del bebé nacido en Belén.

San Patricio se adentró en mares procelosos
Para predicar la cruz, y fue por eso
Que encontró el árbol de Eva —tenía una serpiente enrollada—,
Del que colgaba el muérdago.
“Te ordeno, serpiente, que dejes esta tierra
Y a ti, planta, que abras tus oídos”.
Predicó la historia de Cristo y, ¡fijaos!,

El muérdago comenzó a llorar...

El arbusto de acebo tiene bayas rojas,
Rojo-sangre pendiendo de cada rama.
En el espino se abren flores doradas
Que sí que pueden ser besadas.
¿Qué le darás a Cristo nuestro Señor?
¡Oh! ¿Una rama pagana tan verde?
“Las lágrimas que he derramado por el Único
Al que jamás he visto...”

Que entonces el hombre dé la vida por el hombre,
Dicen las bayas color sangre,
Y que los hombres amen a los hombres
Donde las aulagas florecen tan alegres.
Y que el hombre derrame lágrimas por el hombre
Donde el muérdago resplandece de blancura.
Venid, piedad, amor y sacrificio...
¡Que dios nos bendiga a todos esta noche!